

APOSTILLAS A UNA CRÍTICA¹

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

No considero superfluo iniciar estas "Apostillas" recordando lo que yo apuntaba en la ponencia que presenté (junio de 1994) en el ciclo de mesas redondas sobre los *Manuscritos* de 1844, de Marx. En ella apuntaba, al examinar el papel de dichos *Manuscritos* "en mi vida y en mi obra", que mis posiciones actuales, al cabo de una larga trayectoria (teórica y práctico-política), no son las mismas de los textos correspondientes de un pasado ya lejano (la década de los sesentas), aunque los cambios operados no quebrantan el ideal socialista que la inspiró ni el convencimiento de que la teoría marxista sigue siendo necesaria para contribuir a realizarlo. De estas posiciones actuales, a las que vagamente alude Jorge Veraza en su crítica, me parece oportuno subrayar ahora su contenido medular así como el periodo que abarcan. Me referiré muy brevemente a dos aspectos que considero esenciales: 1) la concepción del marxismo como filosofía de la praxis, y 2) la actitud hacia la sociedad construida en nombre del marxismo y del socialismo y que, como todos sabemos, se derrumbó en 1989.

¹ El blanco de estas "Apostillas" no es tanto la crítica de Jorge Veraza en su ponencia, a la que respondí en la misma mesa redonda en la parte que le dediqué en la mía: "Los *Manuscritos* de 1844 de Marx en mi vida y en mi obra", sino la intervención de Veraza al final de dicha mesa. Al terminar de exponer mi ponencia respondí durante una hora a las preguntas del público. Cuando yo me había retirado del auditorio, al cumplirse el tiempo de mi permanencia que estaba previsto, Jorge Veraza intervino de nuevo, por lo cual, como él reconoce, no tuve la "oportunidad de volver a intervenir en la discusión". Ésta es la razón de que lo haga ahora por escrito, ya que dada la naturaleza de las nuevas críticas de Veraza, sobre todo en un punto que me interesa especialmente: la actitud hacia el "socialismo real", no he querido desaprovechar la ocasión que me brindan los organizadores del ciclo sobre los *Manuscritos* para responder a ellas.

Sobre la primera cuestión —fundamentalmente teórica aunque con un evidente significado práctico—, pienso que no se podría negar, y Jorge Veraza no puede negarlo, que la interpretación del marxismo que vengo sosteniendo, desde hace ya casi treinta años, —exactamente desde mi tesis doctoral (1966) y su reelaboración en *Filosofía de la praxis* (1967)—, se contraponen abiertamente en el terreno filosófico a la metafísica materialista del *dia-mat* soviético, que constituía un componente esencial de la ideología oficial, institucionalizada del “socialismo real”. Aunque Veraza, tanto en su crítica primera como en su segunda intervención, pasa por alto esta contraposición, reconoce que “la interpretación general del marxismo que hace la filosofía de la praxis de Sánchez Vázquez es correcta”. Ahora bien, con respecto a la primera edición de *Filosofía de la praxis* (1967), en la que expongo sistemáticamente una interpretación praxeológica del marxismo, debo reconocer autocriticamente —y no es la primera vez que lo hago— que no obstante la posición diametralmente opuesta que asumí en ella frente al *dia-mat*, yo no sacaba aún las necesarias conclusiones teórico-políticas que habría de sacar más tarde a partir de *Ciencia y revolución* (1978), y sobre todo en la segunda edición (1980) de mi *Filosofía de la praxis*. Esas conclusiones ponían en cuestión no sólo el armazón ideológico-filosófico del “socialismo real”, sino también los pilares teórico-políticos (teorías leninistas de la conciencia socialista importada y de la organización, concepciones del partido único y del centralismo democrático, así como de las relaciones partido-masas) del entramado político-social que brindaba la experiencia histórica.²

Las insuficiencias antes apuntadas de la primera edición de *Filosofía de la praxis* determinaron que no negara expresamente el supuesto carácter socialista de las sociedades del “socialismo real”, no obstante mi rechazo abierto de la ideología filosófica que las justificaba. Aunque todavía no expresaran explícitamente la verdadera naturaleza (no socialista ni capitalista) de esas sociedades,³ los escri-

² Cf. Adolfo Sánchez Vázquez, “Conciencia de clase, organización y praxis”, nuevo cap. de la segunda edición de *Filosofía de la praxis*.

³ Esto lo haría sin rodeo alguno en mis escritos de finales de los años setentas y ochentas: “Ideal socialista y socialismo real”, “Reexamen de la idea de socialismo”,

tos nuestros que se ocupan de los *Manuscritos* no pueden considerarse promovidos, en modo alguno, como infundadamente los considera Jorge Veraza, por una justificación política del sistema cuya ideología estética y filosófica ya habíamos negado abiertamente. En verdad, Veraza valora nuestra *Filosofía de la praxis* e incluso pretende defender su marxismo frente a la interpretación de los *Manuscritos* que nos atribuye. Ciertamente es también que, al hacerlo, no alude a los correctivos antes mencionados que ofrece la segunda edición de la obra y que entrañan, como hemos señalado, una crítica política del “socialismo real”.

Pero, dejemos a un lado la *Filosofía de la praxis* y fijemos la atención en el objeto central de la crítica de Jorge Veraza, o sea, nuestra interpretación o “lectura errónea” de Marx. Ahora bien, Veraza no se limita a señalar los errores con que, en su opinión, carga dicha “lectura”, sino que da dos pasos más que no pueden aceptarse: 1) al poner en relación la interpretación mencionada con cierta postura política, consistente en que “en ese entonces él aceptaba expresamente que la URSS era socialista”. Ya me he referido anteriormente a mi actitud de “ese entonces”, a sus insuficiencias, así como a los elementos críticos —explícitos o implícitos— de ella que habrían de culminar, a lo largo de un proceso nada fácil y simple —no ya para un intelectual marxista, sino para un marxista militante—, en la descalificación expresa y fundada de la supuesta naturaleza socialista de las sociedades del “socialismo real”, y 2) al abrir un proceso de intenciones —dudoso y desacreditado procedimiento que ya anticipaba en su ponencia— que le lleva a descubrir la clave de mi interpretación de la obra juvenil de Marx en una imaginaria postura política. O dicho con sus propias

“Marx y el socialismo real”, “Marx y la democracia”, “Cuestiones marxistas disputadas”, “Once tesis sobre socialismo y democracia” y “Marxismo y socialismo, hoy”, todos ellos publicados antes del colapso de las sociedades del Este europeo en 1989. Posteriormente, confirmando la misma orientación, en “¿De qué socialismo hablamos?”, “Después del derrumbe: estar o no estar a la izquierda”, “Socialismo y mercado”, “Liberalismo y socialismo”, y algún otro. Ciertamente, los escritos sobre los *Manuscritos*, anteriores a los que acabo de citar, no llegan todavía a las formulaciones explícitas de aquéllos, pero están en el camino que ha de conducir a su autor a esas formulaciones.

palabras: “[...] es la postura política que se tuvo frente a la realidad la que provocó un tipo de lectura errónea de los *Manuscritos*”. El argumento parece plausible desde un punto de vista marxista, si se tiene presente que quien se sitúa en él no puede dejar de reconocer cierta relación entre política y teoría, pero resulta falaz si por un lado se tergiversan los términos de la relación y, por otro, se cae en el simplismo de deducir un término —la teoría— de otro —la política. Ciertamente, si la postura política de “ese entonces” era la que me atribuye Jorge Veraza, ella debiera haber inspirado lo que efectivamente inspiró en la URSS, a saber: la animadversión hacia una obra, los *Manuscritos* de 1844 de Marx, que por su veta humanista no podía justificar el “socialismo real” y, en consecuencia, ser bien vista por los filósofos o ideólogos del sistema. La “postura política” que Veraza me endosa no podía promover, por tanto, una lectura abierta, crítica, no beata de los *Manuscritos*, que contrastaba claramente con el trato hostil, o el “ninguneo” con que fueron acogidos oficialmente en la URSS (baste recordar su exclusión de la edición rusa de las *Obras completas* de Marx y Engels). En suma, de acuerdo con dicha “postura política” habría sido más coherente dejar a un lado el marxismo como filosofía de la praxis, y darlo todo —como hizo la mayor parte de los marxistas de entonces— al *dia-mat* soviético, con el consiguiente rechazo o “ninguneo” de los *Manuscritos* de Marx. Por otra parte, si una postura política real no se reduce imaginariamente a un proceso de intenciones o a sus “móviles ocultos”, y se toma en cuenta lo que es efectivamente como actividad práctica, e incluso militante, no puede ignorarse, en mi caso, la posición que asumí en la década de los cincuenta frente a la dirección del PCE que se caracterizaba entonces, como todo el movimiento comunista mundial, por su identificación programática, organizativa y política con la URSS.⁴ Y esta postura política es la que se reafirmaría y enriquecería bajo el influjo de tres acontecimientos políticos distintos que me conducirían a la ruptura expresa con el “socialismo real”: el XX Congreso del PCUS de

⁴ Cf. mi relato autobiográfico “*Post-scriptum* político-filosófico a ‘Mi obra filosófica’”, en Juliana González, Carlos Pereyra y Gabriel Vargas Lozano, eds., *Praxis y filosofía. Ensayos en homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez*. México, Grijalbo, 1985, p. 464.

mediados de los cincuentas, la Revolución cubana en su fase heroica de la primera mitad de los sesentas, y la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia que puso fin brutalmente a un intento de “socialismo de rostro humano”.

Me detendré finalmente en unas líneas de la intervención de Jorge Veraza que resaltan por su carácter injusto y falaz: “Puede estar equivocado Marx, pero, en todo caso, ya se ve qué motivo existe para no sentirse cómodo con el texto de Marx si uno asume al mismo tiempo que la URSS era socialista”.

Descubierto al fin, en un proceso de intenciones, el motivo oculto de la “lectura errónea”, se puede admitir, incluso en esta caza de errores, que Marx “puede estar equivocado”, pero no Jorge Veraza. Pero, dejemos a un lado las certezas imaginarias de este tenor, caldo de cultivo del dogmatismo que tanto daño ha hecho al marxismo, y admitamos lo que nunca el dogmatismo puede admitir, a saber: que nadie —ni Marx, ni el partido, ni la clase o el Mesías de turno— y, por supuesto, Jorge Veraza o Adolfo Sánchez Vázquez, tiene el secreto de la historia o el monopolio de la verdad y que, por tanto, cualquiera puede descarriarse o estar más de una vez equivocado. Pero, admitir la posibilidad del error, exige abandonar la búsqueda de intenciones ocultas y tratar de encontrar argumentos fundados.